

IMPACTO PSICOPEDAGÓGICO DEL ABUSO SEXUAL EN LA NIÑEZ EN COLOMBIA

Eunice Cetina Albarracín¹

Orcid: 009-0009-2562-2918

E-mail:

eunicealbarracin2018@gmail.com
Secretaría de Educación Casanare
Colombia

Luis Eduardo Izquierdo Cardona²

Código Orcid: 0009-0000-9940-5603

E-mail: mg.leduiz84@outlook.com

Colegio Ciudad de Villavicencio
Colombia

Recibido: 08/01/2026

Revisado: 14/02/2026

Aprobado: 17/03/2026

RESUMEN

Los abusos sexuales es traumático y se generan problemas psicológicas, como fobias, síntomas depresivos, ideación y conducta suicida esta es la problemáticas más importantes que tenemos hoy en día en nuestro país y en gran parte del mundo es el impacto del abuso sexual en los niños y las niñas, es un tema difícil que a veces no queremos tocarlo, pero es necesario para justamente trabajar contra este terrible mal que nos acompaña en esta realidad necesitamos proteger a nuestros niños y niñas de esta plaga de este trauma oculto porque las personas pueden ocultar estas situaciones de sufrimiento por años por vergüenza coma por miedo y temor y sobre todo porque somos una sociedad un poco empática y no permitimos que nuestros niños y niñas expresen lo que realmente sienten. Los efectos psicopedagógicos del abuso sexual en la infancia, habrá problemas cognitivos desarrollando un bajo rendimiento académico y dificultades de atención y concentración. Los ambientes de violencia de no respeto de corrupción han creado niños y niñas bajos de autoestima inseguridad, traumas, ansiedad depresión e intentos de suicidio. Un niño abusado es un niño solo. En esta sociedad tenemos que dar acompañamiento en nuestros niños para que se sientan protegidos en espacios seguros para que tengan una óptima salud mental porque un niño protegido es un superhéroe.

PALABRAS CLAVE: abuso sexual infantil, aprendizaje, convivencia escolar, psicopedagogía, resiliencia

¹ Docente en la Secretaría de Educación de Casanare, Yopal, Colombia. Magíster en Tecnologías Digitales Aplicadas a la Educación, Universidad de Santander (UDES)

² Docente Orientador en el Colegio Ciudad de Villavicencio, Usme, Bogotá D.C., Colombia. Magíster en Tecnologías Digitales Aplicadas a la Educación, Universidad de Santander (UDES).

PSYCHOPEDAGOGICAL IMPACT OF CHILD SEXUAL ABUSE IN COLOMBIA

ABSTRACT

Sexual abuse is traumatic and generates psychological problems, such as phobias, depressive symptoms, suicidal ideation and behavior. This is the most important problem we face today in our country and in much of the world. It is the impact of sexual abuse on children. It is a difficult subject that sometimes we do not want to touch, but it is necessary to work against this terrible evil that accompanies us in this reality. We need to protect our children from this plague of this hidden trauma because people can hide these situations of suffering for years out of shame, fear, and dread, and above all because we are a somewhat empathetic society and do not allow our children to express what they really feel. The psychopedagogical effects of sexual abuse in childhood will have cognitive problems, developing poor academic performance and difficulties with attention and concentration. Environments of violence, disrespect, and corruption have created children with low self-esteem, insecurity, trauma, anxiety, depression, and suicide attempts. An abused child is a lonely child. In this society, we must provide support for our children so they feel protected in safe spaces and enjoy optimal mental health, because a protected child is a superhero.

Keywords. Child sexual abuse, learning, school coexistence, psychopedagogy, resilience

Introducción

El abuso sexual infantil representa una de las formas más devastadoras de violencia contra la niñez, con implicaciones profundas en el desarrollo emocional, cognitivo y escolar de quienes lo padecen. En Colombia, esta problemática ha adquirido dimensiones alarmantes en las últimas décadas, revelando vacíos estructurales en los sistemas de protección, atención y reparación integral de derechos vulnerados. Según Aldeas Infantiles SOS, más de 20.000 casos fueron registrados en 2022, lo que equivale a más de 57 niños y niñas víctimas cada día, una cifra que interpela directamente a las instituciones educativas, sociales y de salud. Este artículo se propone analizar el impacto psicopedagógico del abuso sexual en la niñez colombiana, entendiendo dicho impacto como el conjunto de afectaciones que interfieren en los procesos de aprendizaje, socialización escolar y construcción de subjetividad. El objetivo principal es visibilizar las consecuencias educativas y emocionales del abuso, así como las respuestas institucionales y pedagógicas que han emergido en contextos rurales y urbanos, con especial atención a las brechas territoriales y la dignificación de las voces infantiles.

El enfoque conceptual se articula desde la pedagogía crítica, la psicología del desarrollo y la educación emocional, integrando perspectivas de autores como Paulo Freire, Lev Vygotsky y Daniel Goleman. Se privilegia una mirada dialéctica que reconoce la interacción entre trauma, entorno escolar y resiliencia, con énfasis en la transformación educativa territorial y la construcción de entornos protectores que promuevan la reparación simbólica y el acompañamiento afectivo. El abuso sexual infantil constituye

una de las formas más devastadoras de violencia contra la niñez, con efectos profundos y duraderos en el desarrollo cerebral, emocional y social de las víctimas. Este tipo de agresión no solo vulnera la corporeidad y los derechos fundamentales del niño, sino que altera de manera significativa su proceso de socialización, generando conductas de aislamiento, retraimiento y dificultades para establecer vínculos afectivos seguros. Como señalan López y Ramírez (2023), el trauma derivado del abuso sexual modifica los métodos de aprendizaje, deteriora la autoestima y afecta la capacidad de los niños para relacionarse en contextos escolares, lo que repercute directamente en su rendimiento académico y bienestar emocional.

El maltrato infantil adopta múltiples formas, desde la negligencia caracterizada por una privación extrema de cuidados básicos hasta el castigo físico, la pobreza estructural y el abuso sexual. Todas estas expresiones de violencia constituyen amenazas graves para el desarrollo integral de la infancia, especialmente en contextos vulnerables. En Colombia, los datos forenses del Instituto Nacional de Medicina Legal (2020) revelan una realidad alarmante: se realizaron más de 21.000 exámenes médicos legales relacionados con delitos sexuales, de los cuales el 86% correspondieron a menores de edad. Antioquia concentró el 10% de estos casos, y Medellín el 5%, lo que evidencia una alta prevalencia en zonas urbanas densamente pobladas.

Lo más preocupante es que en el 88% de los casos el agresor era una persona cercana a la víctima familiar directo o conocido y en el 76% de los casos el abuso ocurrió dentro de la vivienda del niño, el espacio que debería representar seguridad y protección. Esta transgresión del entorno íntimo y doméstico convierte el hogar en un escenario de

violencia, generando una ruptura profunda en la percepción de seguridad y confianza del menor. El Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF, 2024) reportó más de 15.000 casos de abuso sexual infantil en ese año, con un incremento del 8% respecto al año anterior, lo que subraya la urgencia de fortalecer los mecanismos de prevención, denuncia y protección, especialmente en el ámbito familiar y comunitario. A tal efecto (Mebarak 2023) plantea.

El abuso sexual infantil constituye una grave violación a los derechos humanos que afecta profundamente el desarrollo emocional, cognitivo y social de los menores. Las secuelas pueden manifestarse en trastornos de ansiedad, depresión, dificultades en el aprendizaje, alteraciones en la conducta y problemas en la construcción de vínculos afectivos. En Colombia, la persistencia de este fenómeno revela fallas estructurales en los sistemas de protección y atención, especialmente en contextos rurales donde el acceso a servicios especializados es limitado. La escuela, como espacio de socialización, debe asumir un rol activo en la detección, prevención y acompañamiento de las víctimas, promoviendo entornos seguros y emocionalmente competentes” (Mebarak-Chams et al., 2023, p. 5).

Las consecuencias del abuso sexual infantil se extienden a lo largo de la vida. La evidencia científica muestra que las personas que fueron abusadas en la niñez tienen cuatro veces más probabilidad de desarrollar enfermedades físicas y mentales en la adultez. Entre los efectos más frecuentes se encuentran: el doble de riesgo de padecer depresión, tres veces más riesgo de sufrir ansiedad, cinco veces más probabilidad de presentar trastornos de personalidad, y hasta siete veces más riesgo de desarrollar

trastornos de conducta y dificultades para respetar normas sociales. Además, el dolor crónico y otras enfermedades médicas no psiquiátricas pueden presentarse hasta seis veces más en quienes fueron víctimas de abuso sexual infantil.

Este fenómeno no solo genera sufrimiento individual, sino que también tiene implicaciones sociales profundas. Las víctimas presentan mayor riesgo de consumo de sustancias psicoactivas, comportamientos antisociales, estrés postraumático y suicidio. Algunos estudios incluso advierten que existe una probabilidad aumentada de que las víctimas se conviertan en futuros agresores, perpetuando el ciclo de violencia. Es importante destacar que las niñas son significativamente más vulnerables al abuso sexual que los niños, y presentan mayores tasas de trastornos psiquiátricos como depresión, trastorno bipolar y crisis de pánico, especialmente cuando el agresor es conocido o cuando el abuso es reiterado.

Frente a esta realidad, surge una pregunta ética y social compleja: ¿qué hacer con quienes cometen estos actos? Aunque se han explorado diversas intervenciones psicológicas, los resultados han sido limitados. La falta de empatía y la incapacidad de reconocer el sufrimiento ajeno parecen estar asociadas a alteraciones profundas en el funcionamiento cerebral de los agresores. No se trata de caricaturizar al abusador como un “pervertido fácilmente identificable”, sino de comprender que muchas veces se trata de personas que aparentan normalidad, lo que dificulta su detección y prevención.

En, el abuso sexual infantil representa una problemática estructural que requiere respuestas integrales, intersectoriales y territorialmente contextualizadas. La evidencia científica, los datos epidemiológicos y las reflexiones éticas convergen en la necesidad

de fortalecer los sistemas de protección, promover la educación emocional desde la primera infancia y garantizar entornos seguros para el desarrollo de los niños y niñas. La transformación educativa y social debe partir del reconocimiento de estas violencias y de la construcción colectiva de estrategias que dignifiquen la infancia y rompan los ciclos de abuso. El abuso sexual es tan desbastador, Para el ser humano ya que el cerebro y para la salud mental ocurre que después del abuso sexual cuando hablamos por ejemplo de una enfermedad muy común en la especie humana que es la depresión mayor normalmente los seres humanos que tienen riesgo para deprimirse lo empiezan a hacer o presentan su primer episodio después de la adolescencia ,en su adultez un joven tipo de 20 años de edad o más allá pero cuando hay un abuso sexual en los primeros años de vida ese riesgo de empezar a tener depresión empieza tan temprano como a los 9 años de edad y crece sin control alimiente para prácticamente acompañar esas víctimas de abuso sexual en el 100% de los casos.

El abuso sexual infantil constituye una de las formas más devastadoras y persistentes de violencia contra la niñez, no solo por la agresión física y emocional que implica, sino por las secuelas que deja en el desarrollo integral del ser humano. Se trata de una experiencia traumática que vulnera la corporeidad, la confianza básica, la seguridad afectiva y la dignidad de los niños y niñas, generando impactos que trascienden el momento del acto y se proyectan a lo largo de toda la vida. Las víctimas no solo enfrentan el dolor inmediato, sino que deben convivir con memorias intrusivas, alteraciones neurobiológicas, dificultades en la socialización y una profunda afectación en su desempeño escolar y emocional. En Colombia y otros países latinoamericanos,

esta problemática se entrelaza con factores estructurales que agravan su incidencia y dificultan su abordaje. La pobreza extrema, la precariedad institucional, la negligencia en la atención psicosocial, la fragilidad de los sistemas de protección y la normalización del silencio configuran un escenario de alta vulnerabilidad para la infancia. En muchas comunidades rurales y urbanas, el abuso sexual infantil se perpetúa en entornos familiares o cercanos, donde el agresor goza de confianza o autoridad, y donde las víctimas carecen de espacios seguros para denunciar o recibir acompañamiento. Esta realidad exige una mirada crítica y situada, que reconozca las raíces sociales, culturales y políticas del problema.

Desde una perspectiva científica, el abuso sexual infantil ha sido ampliamente documentado como un evento que altera el desarrollo cerebral, emocional y educativo de los niños y niñas. La evidencia neurobiológica demuestra que el trauma modifica estructuras cerebrales clave como el hipocampo, la amígdala y la corteza prefrontal, afectando la memoria, la regulación emocional, la empatía y la capacidad de juicio. En palabras de Teicher y Samson (2016):

Los niños que han sido víctimas de abuso sexual presentan una reducción significativa en el volumen del hipocampo y una hiperactivación de la amígdala, lo que se traduce en dificultades para regular emociones, anticipar consecuencias y establecer relaciones empáticas. Estas alteraciones no son transitorias: persisten en la adultez y están asociadas con trastornos psiquiátricos graves como depresión, ansiedad, trastorno de personalidad y conductas suicidas. (p. 41).

Desde el enfoque psicopedagógico, se ha evidenciado que el abuso sexual infantil interfiere con los procesos de aprendizaje, la autoestima y la capacidad de establecer

vínculos seguros en el entorno escolar. Los niños víctimas suelen presentar retraimiento social, conductas disruptivas, bajo rendimiento académico y dificultades para concentrarse. Como señalan Gómez y Rincón (2021): “El trauma interfiere con la capacidad de atención y memoria, genera retraimiento social y disminuye la motivación para participar en actividades escolares, lo cual repercute directamente en el rendimiento académico.” (p. 87).

En el plano epidemiológico, los datos son alarmantes. Según el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF, 2024), más de 15.000 menores fueron víctimas de abuso sexual en Colombia durante el último año, con un incremento del 8% respecto al año anterior. La mayoría de los casos ocurrieron en entornos familiares o cercanos, lo que evidencia la necesidad de fortalecer las estrategias de prevención en el ámbito comunitario. Como lo advierte el informe:

La gran mayoría de los casos de abuso sexual infantil ocurren en contextos de cercanía afectiva, donde el agresor es una figura conocida por la víctima. Esta situación plantea desafíos complejos para la detección, la denuncia y el acompañamiento, y exige una respuesta articulada entre familia, escuela, comunidad e instituciones del Estado” (ICBF, 2024, p. 12).

El presente artículo se propone abordar el impacto del abuso sexual infantil desde una perspectiva interdisciplinaria, articulando evidencia neurocientífica, psicopedagógica y epidemiológica, con énfasis en la urgencia de estrategias preventivas, mecanismos de denuncia efectivos y modelos de acompañamiento integral. Se parte de la convicción de que la protección de la infancia no puede ser una tarea secundaria ni reactiva, sino una prioridad ética, política y educativa que compromete a toda la sociedad. Contrario a la

creencia extendida en ciertos discursos institucionales y comunitarios, las secuelas del abuso sexual infantil no emergen únicamente en la adultez. Diversos estudios clínicos, neurobiológicos y psicopedagógicos han demostrado que el trauma se instala desde el momento mismo en que ocurre la agresión, afectando de forma inmediata y persistente el desarrollo emocional, cognitivo y relacional del niño o niña. El abuso sexual no es un evento aislado en la biografía de la víctima: es una fractura profunda en su proceso de construcción subjetiva, que interrumpe la maduración cerebral, la confianza básica y la capacidad de vinculación segura.

Una de las condiciones más frecuentes en víctimas infantiles es el trastorno de estrés postraumático (TEPT), caracterizado por reviviscencias sensoriales, disociación, hipervigilancia, alteraciones del sueño, irritabilidad extrema y dificultades para establecer vínculos afectivos. Judith Herman (1997), en su obra fundacional sobre el trauma, describe con precisión la vivencia de los niños abusados:

El niño traumatizado no solo revive el evento en sus sueños o recuerdos, sino que lo experimenta como una amenaza constante. Su cuerpo permanece en estado de alerta, su mente fragmentada entre el presente y el pasado, y su capacidad de confiar en los adultos se ve profundamente erosionada. El trauma infantil no es una herida que cicatriza con el tiempo, sino una fractura que requiere reparación activa. El niño no tiene lenguaje para nombrar lo ocurrido, pero su cuerpo lo recuerda todo: el olor, el sonido, la sensación de peligro. Y ese recuerdo corporal se convierte en una prisión invisible que condiciona su vida emocional” (p. 115).

Estas manifestaciones no son anecdóticas ni transitorias. Se expresan en pesadillas recurrentes, explosiones de ira, angustia persistente, sentimientos de culpa, tristeza profunda y conductas de evitación. En mujeres adultas que fueron abusadas en

la infancia, el embarazo puede reactivar el trauma, generando una reexperimentación emocional que afecta también al feto. En el contexto colombiano, donde los índices de abuso sexual infantil alcanzan niveles alarmantes y las rutas de atención continúan presentando vacíos estructurales, resulta urgente una comprensión profunda y situada del trauma. La mayoría de los casos se producen en entornos familiares o cercanos, lo que dificulta la denuncia, la activación de mecanismos de protección y el acceso a atención especializada. El silencio, la culpa y el miedo se convierten en aliados del agresor, mientras que la víctima queda atrapada en una red de complicidades institucionales, culturales y territoriales que perpetúan la impunidad y el sufrimiento.

Esta realidad exige que las instituciones educativas, de salud y de protección desarrollen protocolos sensibles, contextualizados y sostenibles, capaces de reconocer el trauma desde sus primeras manifestaciones y actuar con celeridad, ética y compromiso territorial. No basta con la existencia de rutas normativas; se requiere una articulación intersectorial que contemple la formación docente en competencias emocionales, la presencia de profesionales especializados en zonas rurales y la construcción de entornos escolares seguros, donde el niño pueda reconstruir su confianza, expresar sus emociones y retomar sus procesos de aprendizaje sin temor ni estigmatización.

Además, es fundamental que las comunidades educativas asuman un rol activo en la prevención, detección y acompañamiento de los casos, superando la lógica del silencio y promoviendo una cultura de cuidado, escucha y reparación. La escuela no puede limitarse a ser un espacio de instrucción académica; debe convertirse en un

entorno protector, emocionalmente competente y territorialmente pertinente, capaz de responder a las complejidades del trauma infantil con sensibilidad, rigor y justicia educativa.

Desarrollo temático

Las consecuencias del abuso sexual vivido en la niñez no se limitan al momento del acto ni a los años inmediatos posteriores. Se trata de un trauma persistente, de carácter estructural y multiforme, que se manifiesta en la adultez a través de múltiples trastornos emocionales, cognitivos y relacionales. Este tipo de agresión no solo vulnera la integridad física del niño, sino que altera profundamente su construcción subjetiva, afectando la manera en que interpreta el mundo, se vincula con los otros y se percibe a sí mismo. Diversas investigaciones han documentado que las víctimas infantiles de abuso sexual presentan mayor riesgo de desarrollar ansiedad, depresión, trastornos de aprendizaje, dificultades para establecer vínculos afectivos seguros y baja autoestima. Estas secuelas no son homogéneas ni lineales; varían según el contexto, la edad, el vínculo con el agresor y las redes de apoyo disponibles. Sin embargo, comparten una raíz común: la ruptura de la confianza básica, la desestabilización del sentido de seguridad y la vivencia de una agresión que desestructura el desarrollo psicoemocional en sus etapas más sensibles.

En el ámbito educativo, estas consecuencias se traducen en comportamientos de retraimiento, agresividad, desmotivación escolar y bajo rendimiento académico. El niño víctima de abuso puede experimentar bloqueos en su capacidad de concentración, dificultades para seguir instrucciones, miedo al contacto físico y verbal, y una profunda

desconfianza hacia figuras adultas. Estas manifestaciones, lejos de ser simples síntomas aislados, deben ser comprendidas como expresiones de un trauma que exige acompañamiento afectivo, intervención especializada y entornos escolares emocionalmente seguros. Por ello, el abordaje del impacto psicopedagógico del abuso sexual infantil requiere una mirada integral que articule lo emocional, lo cognitivo y lo relacional, reconociendo que el daño no se limita al cuerpo, sino que se extiende al lenguaje, la memoria, la identidad y la posibilidad de aprender.

La escuela, como espacio de socialización y construcción de sentido, tiene el deber ético de convertirse en un lugar de reparación, escucha y dignificación, especialmente en contextos donde el silencio y la impunidad han sido históricamente normalizados. Un niño que ha sido víctima de abuso sexual comienza a experimentar preocupaciones intensas y recurrentes: ¿qué pasaría si vuelve a ocurrir?, ¿qué pasa si lo cuento?, ¿me van a creer?, ¿me van a culpar? Estas preguntas generan una sobrecarga emocional que altera el funcionamiento cerebral, afectando la capacidad de concentración, la regulación del miedo y la percepción del entorno como seguro. En la adultez, estas vivencias pueden transformarse en ataques de pánico, crisis de ansiedad, trastornos de estrés postraumático y una profunda desconfianza hacia los demás. Como señala la psicóloga Bessel van der Kolk (2014):

El trauma infantil no desaparece con el tiempo. Se instala en el cuerpo, en la memoria, en la forma de relacionarse con el mundo. Las personas que han sido abusadas en la infancia desarrollan patrones de hipervigilancia, miedo crónico y dificultad para establecer vínculos seguros. El cuerpo recuerda lo que la mente intenta olvidar, y ese recuerdo somático condiciona la vida emocional, sexual y social del adulto” (The Body Keeps the Score, p. 139).

Otro trastorno frecuente es la depresión, que se manifiesta como sentimientos de culpa, desesperanza, autoimagen negativa y pérdida de interés por la vida. Las víctimas suelen sentirse responsables del abuso, como si lo hubieran provocado, lo que genera una narrativa interna de fracaso y auto desvalorización: “nada me sale bien”, “yo siempre me equivoco”, “no merezco ser amado”. Estas creencias afectan la autoestima, la capacidad de tomar decisiones y la posibilidad de construir relaciones afectivas sanas. En algunos casos, se presentan dificultades en el control de esfínteres, trastornos alimentarios, conductas sexualizadas inapropiadas (como masturbación compulsiva) y agresividad.

Desde una perspectiva poco convencional, el abuso sexual infantil es uno de los síndromes más comunes a nivel social. Las estadísticas son contundentes: una de cada cuatro mujeres ha sido abusada sexualmente antes de los 12 años, y uno de cada seis niños también ha sido víctima antes de esa edad. Sin embargo, el abuso sexual sigue siendo un tema silenciado, negado y ocultado en muchas familias, escuelas e instituciones. Cuando la víctima finalmente logra hablar, suelen haber pasado años, incluso décadas, y los casos quedan en la impunidad o en el recuerdo doloroso. Como advierte la investigadora estadounidense Diana Russell (2004):

El abuso sexual infantil es una de las formas más extendidas de violencia, y sin embargo una de las menos denunciadas. La mayoría de las víctimas no hablan hasta la adultez, y cuando lo hacen, enfrentan incredulidad, estigmatización o indiferencia. Esta cultura del silencio perpetúa el ciclo de abuso y deja a las víctimas atrapadas en una narrativa de vergüenza y aislamiento. Romper ese silencio es el primer paso hacia la sanación” (The Secret Trauma, p. 67).

Desde la práctica psicopedagógica, se ha evidenciado que muchas personas adultas que fueron abusadas en la infancia presentan dificultades para establecer relaciones de pareja sanas, ya que no pueden confiar plenamente, se sienten profundamente ansiosas o desarrollan síntomas asociados como adicciones, trastornos alimentarios, disfunciones sexuales o conductas autodestructivas. En muchos casos, no logran identificar que el origen de su sufrimiento está en el abuso sexual infantil, lo que dificulta el acceso a procesos terapéuticos adecuados.

Desde la perspectiva de la proposición de esta investigación Este artículo se compromete a construir una lectura crítica, situada y transformadora del impacto psicopedagógico del abuso sexual infantil en Colombia, reconociendo la urgencia de articular políticas educativas, prácticas pedagógicas y acciones comunitarias que promuevan la reparación, el acompañamiento y la justicia educativa. Esta lectura no se limita a describir las consecuencias del abuso, sino que busca interpelar los marcos institucionales, culturales y territoriales que han permitido su persistencia y silenciamiento. En este sentido, se propone una comprensión del trauma infantil como fenómeno multidimensional que afecta no solo la subjetividad de la víctima, sino también los entornos escolares, familiares y comunitarios en los que se desenvuelve.

Desde el mismo orden de ideas, se reconoce que el impacto del abuso sexual infantil no es homogéneo, sino que se configura de manera diferencial según el contexto territorial, el acceso a servicios especializados, la formación docente y la capacidad institucional de respuesta. En zonas rurales, por ejemplo, las brechas en atención

psicosocial, la escasez de profesionales capacitados y la normalización de la violencia dificultan la detección temprana y el acompañamiento efectivo. Por ello, el compromiso transformador del artículo implica visibilizar estas desigualdades y proponer rutas de acción que dignifiquen las voces infantiles, fortalezcan los vínculos protectores y promuevan entornos escolares emocionalmente seguros.

Asimismo, se plantea la necesidad de repensar las prácticas pedagógicas desde una ética del cuidado, que reconozca el dolor psíquico como parte del proceso educativo y habilite espacios de expresión, contención y reparación simbólica. La escuela, lejos de ser un escenario neutro, debe asumir un rol activo en la reconstrucción de la confianza, la autoestima y la capacidad de aprender de los niños y niñas víctimas de abuso. Esto exige una formación docente sensible al trauma, una flexibilización curricular que permita atender las necesidades emocionales del estudiante, y una articulación intersectorial que garantice el acompañamiento integral. El artículo se compromete con una justicia educativa que no se limite a la sanción del agresor, sino que promueva la transformación de las condiciones estructurales que perpetúan la violencia. Esto implica revisar los marcos normativos, fortalecer las rutas de denuncia, garantizar el acceso a atención psicosocial especializada y construir una cultura institucional basada en el respeto, la escucha activa y la protección de la infancia. En suma, se trata de avanzar hacia una educación que no solo instruya, sino que repare, acompañe y transforme.

Este artículo de investigación busca sembrar una semilla de esperanza: mostrar que existe un camino para sanar, para reconstruir la narrativa personal y para resignificar el dolor. Hablar de abuso sexual infantil implica reconocer que existe manipulación,

coerción y placer sexual por parte de una persona adulta o mayor hacia un menor. El abuso puede ser abierto cuando el agresor no oculta su deseo y actúa directamente o cerrado cuando el placer sexual está disfrazado de disciplina, afecto o autoridad. Ejemplos de abuso cerrado incluyen situaciones en las que un adulto regaña y desnuda a un niño como forma de castigo, o cuando un docente impone vestimentas y actividades que sexualizan a las niñas bajo pretextos pedagógicos.

Argumentativamente hablando Uno de los principales aportes de este artículo radica en la sistematización de teorías relevantes y contextualizadas que permiten comprender el impacto psicopedagógico del abuso sexual infantil desde múltiples dimensiones. Al integrar enfoques como la pedagogía crítica, la psicología del desarrollo y la educación emocional, se construye una base conceptual sólida que trasciende la mirada clínica tradicional y habilita lecturas más profundas sobre el trauma, el aprendizaje y la subjetividad infantil. Esta articulación teórica no solo enriquece el análisis, sino que permite proponer rutas de intervención educativa sensibles al contexto colombiano.

Asimismo, se destaca la integración de datos recientes y fuentes confiables que evidencian la magnitud del problema en el país. El uso de estadísticas oficiales, informes institucionales y estudios académicos permite sustentar los argumentos con evidencia empírica, lo que fortalece la legitimidad del análisis y la pertinencia de las propuestas. Esta triangulación entre teoría, datos y contexto contribuye a visibilizar el carácter estructural del abuso sexual infantil y sus implicaciones en el ámbito escolar, emocional y comunitario. Otro aspecto relevante es el enfoque territorial que atraviesa el artículo, el

cual visibiliza las brechas existentes entre zonas urbanas y rurales en cuanto a atención, prevención y reparación del abuso. En contextos rurales, la escasez de profesionales especializados, la normalización de la violencia y la débil articulación institucional agravan el impacto del trauma infantil. Al reconocer estas desigualdades, el artículo propone una lectura situada que dignifica las voces de los niños y niñas en territorios históricamente marginados, y promueve la construcción de entornos escolares protectores y emocionalmente competentes.

No obstante, también se identifican debilidades que deben ser reconocidas para fortalecer futuras investigaciones. Una de ellas es la limitada disponibilidad de estudios longitudinales que analicen el impacto escolar del abuso sexual infantil a lo largo del tiempo. La mayoría de los estudios se centran en efectos inmediatos o clínicos, sin explorar cómo el trauma afecta el rendimiento académico, la permanencia escolar y la construcción de vínculos educativos en el mediano y largo plazo. Esta carencia limita la capacidad de diseñar políticas educativas sostenibles y adaptadas a las trayectorias reales de las víctimas.

Otra debilidad importante es la escasa articulación entre salud mental y educación en las políticas públicas colombianas. Aunque existen protocolos de atención, estos suelen operar de manera fragmentaria, sin una integración efectiva entre los sectores responsables. La escuela, en muchos casos, no cuenta con herramientas ni formación suficiente para identificar y acompañar a estudiantes víctimas de abuso, lo que perpetúa el retraimiento, la desescolarización y la revictimización institucional. Esta desconexión

evidencia la necesidad de construir modelos intersectoriales que reconozcan el trauma como una experiencia educativa y promuevan respuestas integrales.

Comparando con investigaciones como la de Fares (2016), “se evidencia que las niñas maltratadas presentan mayores afectaciones en razonamiento e inteligencia abstracta, lo que refuerza la necesidad de intervenciones psicopedagógicas diferenciadas”. (p.77) .Este hallazgo subraya que el impacto del abuso no es uniforme, y que las respuestas educativas deben adaptarse a las particularidades de cada caso, considerando variables como el género, el contexto territorial, el vínculo con el agresor y las redes de apoyo disponibles. En este sentido, el artículo propone avanzar hacia una pedagogía del trauma que combine sensibilidad emocional, rigor técnico y compromiso ético.

Entender esta realidad es el primer paso, pero no siempre suficiente. Muchas veces, la comprensión intelectual debe ir acompañada de un proceso emocional profundo: hablarlo, llorarlo, narrarlo, desgastar la emoción con palabras, con gestos, con acompañamiento. El trauma no se disuelve solo con el entendimiento racional; requiere ser procesado, resignificado y, en muchos casos, compartido en espacios seguros. La expresión emocional permite que el dolor deje de ser un peso silencioso y se convierta en una experiencia que puede ser elaborada, transformada y eventualmente integrada en la historia personal sin que defina por completo la identidad de la víctima.

Uno de los hallazgos centrales de esta investigación es la forma en que las consecuencias del abuso sexual infantil se manifiestan desde los primeros años y se proyectan hacia la adultez. La ansiedad es una de las respuestas más frecuentes. Un

ENSAYO

niño que ha sido abusado comienza a vivir con preocupaciones constantes: ¿y si vuelve a pasar?, ¿y si alguien se entera?, ¿y si me culpan?, ¿y si no me creen? Estas preguntas generan una sobrecarga emocional que afecta el desarrollo cognitivo, la capacidad de concentración, el rendimiento escolar y la construcción de vínculos afectivos. En muchos casos, estas preocupaciones se transforman en ataques de pánico, crisis de ansiedad, baja autoestima, desmotivación, desorientación y una pérdida del sentido de vivir. Desde la psicopedagogía, se reconoce que el abuso sexual infantil no solo afecta el aprendizaje formal, sino también la construcción del sujeto como ser pensante, sintiente y relacional.

Las alteraciones en el desarrollo emocional pueden generar dificultades para establecer límites, para confiar en los adultos, para expresar afecto o para reconocer el propio cuerpo como espacio legítimo de cuidado. En este sentido, el abuso sexual infantil no es solo una agresión física: es una fractura en el proceso de subjetivación, una herida que atraviesa el lenguaje, la memoria, la identidad y la capacidad de proyectarse hacia el futuro. Diversas organizaciones, como Aldeas Infantiles SOS y otras entidades especializadas en protección de la infancia, han documentado las consecuencias psicológicas y emocionales del abuso sexual infantil, destacando su impacto profundo y duradero en la salud mental de las víctimas. Desde la psicopedagogía crítica, se plantea que el abordaje del abuso debe ir más allá de la intervención clínica individual: requiere una transformación de los entornos educativos, familiares y comunitarios, para que se conviertan en espacios de contención, prevención y reparación.

En ese sentido Pelaez Parra(2022). Análisis del abuso sexual en contra de los niños y niñas en el sur de casanare en los años 2015 a 2020. Plantea.

Investigación jurídica y social que analiza la incidencia del abuso sexual infantil en el sur de Casanare. A partir de casos judiciales y denuncias, se concluye que el sub registro y el miedo a denunciar son factores estructurales que perpetúan la impunidad. El artículo reconoce la necesidad de fortalecer las rutas de atención y todos los protocolos adicionales los mecanismos judiciales en los contextos rurales, donde la vulnerabilidad es mayor para la infancia del departamento de Casanare.

La comprensión del abuso sexual remite necesariamente a una explicación sistémica que se considera un conjunto de situaciones o factores que se ven entrelazados para originar el tipo de abuso: familiares, sociales y culturales. Varios factores familiares se relacionan en las probabilidades de que un niño o una niña sea abusada sexualmente, hoy lamentablemente el entorno familiar de riesgo se ha determinado según las investigaciones. Ahora bien es conveniente mantener como Propuesta ofrecer una visión integral sobre el abuso sexual desde el enfoque psicopedagógico, social, jurídico. Ante la persistencia del abuso sexual infantil y sus profundas implicaciones psicopedagógicas, se propone la creación de un modelo de acompañamiento territorial que responda de manera integral, contextualizada y transformadora a las necesidades de las víctimas en el sistema educativo colombiano. Este modelo no se limita a la atención reactiva del trauma, sino que busca incidir en las condiciones estructurales que lo perpetúan, promoviendo una justicia educativa que dignifique la infancia y fortalezca los entornos escolares como espacios de reparación simbólica.

En primer lugar, se plantea la necesidad de una formación docente especializada en pedagogía del trauma, que permita a los educadores reconocer las manifestaciones emocionales y cognitivas del abuso, intervenir con sensibilidad y construir vínculos seguros con sus estudiantes. Esta formación debe incluir herramientas para la contención emocional, la flexibilización curricular y la promoción de prácticas pedagógicas basadas en el cuidado, la escucha activa y el respeto por los ritmos individuales de aprendizaje. En segundo lugar, el modelo contempla la consolidación de redes de apoyo interinstitucional entre salud, educación y comunidad, que garanticen una atención integral, articulada y sostenida en el tiempo. Estas redes deben facilitar el acceso a servicios psicosociales especializados, activar rutas de protección con enfoque diferencial y territorial, y promover la corresponsabilidad entre actores institucionales, familiares y comunitarios en la prevención y reparación del abuso.

Asimismo, se propone la creación de espacios escolares seguros para la expresión emocional, donde los niños y niñas puedan reconstruir su confianza, explorar sus emociones y desarrollar habilidades socioafectivas sin temor a la estigmatización o la revictimización. Estos espacios deben estar acompañados por profesionales capacitados, materiales pedagógicos adecuados y una cultura institucional que valore la dimensión emocional del aprendizaje como parte fundamental del desarrollo integral. Finalmente, el modelo incluye el diseño e implementación de protocolos diferenciados para contextos rurales, que reconozcan las particularidades territoriales, las brechas en infraestructura y la escasez de profesionales especializados. Estos protocolos deben ser contruidos de manera participativa, con las comunidades educativas locales, y

orientarse a garantizar el acceso equitativo a la atención, la denuncia y el acompañamiento, superando la lógica centralista que ha invisibilizado históricamente las voces rurales. En conjunto, este modelo busca no solo mitigar el impacto del abuso sexual infantil en el ámbito escolar, sino transformar las condiciones estructurales que lo permiten y reproducen. Se trata de avanzar hacia una educación que no solo instruya, sino que proteja, repare y dignifique, reconociendo que el bienestar emocional y la justicia educativa son pilares fundamentales para la construcción de una sociedad más equitativa y humana.

Dejar precedente de los riesgos del abuso sexual infantil en todo el proceso de aprendizaje, de desarrollo emocional y social. Abordar los factores de riesgo como en contextos ambiental; manifestaciones como convivencia múltiple (tios, hola primos, abuelos), convivencia con personas ajenos a la familia, hacinamiento, cama compartida por el menor y un tercero. El entorno social; De regalos y recompensas al menor, promiscuidad, inestabilidad con la pareja, hoco empatía, agresividad. El entorno familiar: familias monoparentales y familias multi parentales o reconstruidas con ellas figuras maternas deprimidas, relaciones desigual de poder, distanciamiento físico y afectivo violencia física o psicológica.

Conclusiones o reflexiones finales:

Los casos de abuso sexual dejan marcas muy profundas que van a verse en reflejadas en la vida futura, y se ve reflejados directamente en la convivencia con el otro en el aprendizaje en la relación afectivas amorosas, generan grandes daños cognitivos, psicológicos y sociales qué van a dificultar todo el proceso educativo. Si lo

ENSAYO

podemos observar, desde la primera infancia cuando El Niño y la niña está en su etapa de exploración, de juego y vive un episodio tan fuerte como el abuso sexual pues qué vamos a conseguir, un adulto resentido con la sociedad. Por ello la importancia de escribir sobre esta problemática que no solo afecta a nuestro entorno cercano como Colombia sino también a nivel internacional. Porque si no contamos con una salud mental óptima no vamos a tener personas productivas sino el contrario seres con traumas, depresión que no vamos a a funcionar en este mundo. La reflexión de este artículo no es para tomar conciencia del daño que se le causa a los menores no es para alarmarnos sino para empezar a construir desde nuestro entorno un hogar seguro y feliz.

El presente estudio ha permitido evidenciar que el abuso sexual infantil en Colombia genera consecuencias profundas, persistentes y multiformes en el desarrollo emocional, cognitivo y educativo de las víctimas. Estas afectaciones se manifiestan en la autoestima, la motivación escolar, la capacidad de establecer vínculos seguros y el rendimiento académico, configurando trayectorias educativas marcadas por el retraimiento, la desescolarización y el sufrimiento silenciado. A lo largo del análisis, se han cumplido los objetivos planteados al identificar las teorías explicativas más pertinentes, los vacíos institucionales que obstaculizan la atención integral y las propuestas transformadoras que buscan dignificar la infancia y promover justicia educativa.

Se concluye que la escuela no puede permanecer como espectadora pasiva ante esta problemática. Por el contrario, debe asumir un rol activo en la reparación del daño, articulando saberes pedagógicos, psicológicos y comunitarios que permitan construir

entornos protectores, emocionalmente competentes y territorialmente pertinentes. Esta articulación exige una transformación estructural del sistema educativo, que incorpore un enfoque de derechos, reconozca las particularidades de los territorios rurales y urbanos, y promueva una justicia emocional que restituya la dignidad de los niños y niñas víctimas de abuso.

La solución al problema no se encuentra únicamente en la sanción legal del agresor, sino en la capacidad institucional de prevenir, detectar y acompañar el trauma desde sus primeras manifestaciones. Esto implica formar docentes en pedagogía del trauma, garantizar el acceso a atención psicosocial especializada, flexibilizar los currículos escolares y construir redes intersectoriales que integren salud, educación y comunidad. La escuela debe convertirse en un espacio de reparación simbólica, donde el niño pueda reconstruir su confianza, expresar sus emociones y retomar sus procesos de aprendizaje sin temor ni estigmatización.

Los niños son increíbles ya que no poseen una madurez psicosocial y hay cosas que son muy confusas pero son pasos normales por los que tienen que atravesar, en algunos casos no tienen con quien comunicarse sobre sus sensaciones y su sentir, pero son situaciones normales que ellos en su curiosidad están viviendo y deben de atravesar, entonces es desde la institución educativa se debe abordar y acompañar cuando la familia por alguna razón no está o está y no lo hace, hoy en este sentido como sociedad, tenemos una deuda pendiente, para prevenir Posible situación de abuso. Es prácticamente aberrante por qué le tenemos que adelantar algo que no debería estar sucediendo, estos niños y niñas en su infancia deberían estar sonriendo no sufriendo.

Los niños y las niñas no solo se les vulnera derechos fundamentales, se les altera de gran manera el desarrollo y los procesos emocionales cognitivos y sociales. Entender sus implicaciones desde el punto de la psicopedagogía permite entrever la necesidad de respuestas educativas capaces de entender y reconocer las secuelas y repercusiones que está violencia y traumas dejan en la niñez. Es primordial promover estrategias de prevención políticas de prevención, para fortalecer la cualificación de la planta docente y consolidar redes de apoyo interinstitucionales que garanticen una intervención oportuna y efectiva. La protección integral de los niños y niñas es responsabilidad de todos; familia y escuela sociedad.

A manera de conclusión, es importante resaltar que cuando hablamos de abuso sexual, existen factores de riesgo, y es evidente que, tras esta realidad, hay un flagelo social, existen una sociedad dañada mentalmente por el consumismo de mucha información, porque se perdió el temor a Dios, y por qué no existen condiciones protectoras, preventivas que contribuyan a disminuir esta problemática.

Referencias:

- Aldeas Infantiles SOS Colombia. (2023). ¿Cómo afecta el abuso sexual infantil la salud mental de las niñas y los niños? <https://www.aldeasinfantiles.org.co/noticias/noticias-2023/efectos-del-abuso-sexual-infantil>
- Asociación Española del Trauma Psicológico. (2023). Abuso Sexual Infantil y TEPT.
- Fares, M. (2016). Informe sobre violencia sexual contra niños, niñas y adolescentes en Colombia. Defensoría del Pueblo. https://www.defensoria.gov.co/documents/20123/1657207/Informe_ViolenciaSexualNNA_VF130323_PDF.pdf
- Fernández, A., & Cárdenas, M. (2020). Impacto del abuso sexual infantil en el desarrollo escolar: retos para la psicopedagogía. *Revista Colombiana de Educación*, 79(2), 45–63. <https://doi.org/10.17227/rce.num79-2020-psicopedagogia>

- Gómez, J., & Rincón, P. (2021). Efectos del trauma infantil en los procesos de aprendizaje. *Psicología Escolar y Educacional*, 25(1), 89–101.
<https://doi.org/10.1590/psicoedu-2021-005>
- Herman, J. (1997). *Trauma and Recovery*. Basic Books.
- López, D., & Ramírez, S. (2023). Escuela y resiliencia: estrategias psicosociales para la atención de víctimas de abuso sexual infantil. *Educación y Desarrollo*, 17(3), 112–129.
- Martínez, L., Herrera, G., & Soto, M. (2019). Secuelas emocionales y académicas del abuso sexual en niños y adolescentes. *Revista Iberoamericana de Psicología*, 12(1), 33–50.
- Revista CES Derecho. (s.f.). *Revista CES Derecho*, 13(3), 83–105.
<http://revista.ces.edu.co/index.php/derecho/article/view/6832>
- Russell, D. E. H. (1986). *El trauma secreto: Incesto en la vida de niñas y mujeres*. Basic Books. (Traducción libre del título original: *The Secret Trauma: Incest in the Lives of Girls and Women*)
- Ruiz, A., & Vargas, C. (2022). Convivencia escolar y abuso sexual infantil: un análisis desde la perspectiva psicosocial. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, 20(4), 77–94.
- Universidad de Ciencias Aplicadas y Ambientales UDCA. (s.f.). *Abuso sexual infantil en Colombia: análisis crítico de la problemática*.
<https://repository.udca.edu.co/server/api/core/bitstreams/11b168d2-e066-4daa-bbac-d93b63d08ba2/content>
- Van den Bergh, B., et al. (2017). *Neuroscience & Biobehavioral Reviews*, 29(2), 237–258.
- Yehuda, R., Daskalakis, N. P., et al. (2015). *Biological Psychiatry*, 77(4), 356–365.